

El primero que le habló fué Don Quijote, diciéndole: "Muy á la ligera camina vuesa merced, señor galán; y ¿adónde bueno? sepamos, si es que gusta decirlo." Á lo que el mozo respondió: "El caminar tan á la ligera, lo causa el calor y la pobreza; y el adónde voy, es á la guerra.—¿Cómo la pobreza! preguntó Don Quijote; que, por el calor, bien puede ser.—Señor, replicó el mancebo: yo llevo en este envoltorio unos gregüescos de terciopelo, compañeros desta ropilla: si los gasto en el camino, no me podré honrar con ellos en la ciudad, y no tengo con qué comprar otros; y así por esto, como por orearme, voy desta manera hasta alcanzar unas compañías de infantería, que no están doce leguas de aquí, donde asentará mi plaza, y no faltarán bagajes en qué caminar de allí adelante hasta el embarcadero, que dicen ha de ser en Cartagena; y mas quiero tener por amo y por señor al Rey, y servirle en la guerra, que no á un pelon en la córte.—Y ¿lleva vuesa merced alguna ventaja, por ventura? preguntó el primo.—Si yo hubiera servido á algun grande de España, ó algun principal personaje, respondió el mozo, á buen seguro que yo la llevara, que eso tiene el servir á los buenos; que del tinelo suelen salir á ser alférez ó capitanes, ó con algun buen entretenimiento; pero yo, desventurado, servi siempre á catariberas y á gente advenediza, de racion y quitacion tan misera y atenuada, que en pagar el almidonar un cuello se consumia la mitad della, y seria tenido á milagro que un paje aventurero alcanzase alguna siquiera razonable ventura.—Y dígame, por su vida, amigo, preguntó Don Quijote: ¿es posible que, en los años que sirvió, no ha podido alcanzar alguna librea?—Dos me han dado, respondió el paje; pero así como el que se sale de alguna religion, antes de profesar, le quitan el hábito y le vuelven sus vestidos, así me volvian á mí los míos mis amos, que, acabados los negocios á que venian á la córte, se volvian á sus casas, y recogian las libreas que por sola ostentacion habian dado.—¿Notable espilorchería! como dice el italiano, dijo Don Quijote; pero, con todo eso, tenga á felice ventura el haber salido de la córte con tan buena intencion como lleva; porque no hay otra cosa en la tierra, mas honrada ni de mas provecho, que servir á Dios primeramente, y luego á su Rey y señor natural, especialmente en el ejercicio de las armas, por las cuales se alcanzan, si no mas riquezas, á lo menos mas honra que por las letras, como yo tengo dicho muchas veces; que puesto que han fundado mas mayorazgos las letras que las armas, todavía llevan un no sé qué los de las armas á los de las letras, con un sí sé qué de esplendor que se halla en ellos, que los aventaja á todos. Y esto que ahora le quiero decir, llévelo en la memoria, que le será de mucho provecho y alivio en sus trabajos; y es, que aparte la imaginacion de los sucesos adversos que le podrán venir, que el peor de todos es la muerte; y, como esta sea buena, el mejor de todos es el morir. Preguntáronle á Julio César, aquel valeroso emperador romano, cuál era la mejor muerte. Respondió, que la impensada, la de repente y no prevista; y aunque respondió como gentil y ajeno del conocimiento del verdadero Dios, con todo eso, dijo bien, para ahorrarse del sentimiento humano; que puesto

caso que os maten en la primera faccion y refriega, ó ya de un tiro de artillería, ó volado de una mina, ¿qué importa? todo es morir, y acabóse la obra; y segun Terencio, *mas bien parece el soldado muerto en la batalla, que vivo y salvo en la huida*; y tanto alcanza de fama el buen soldado, cuanto tiene de obediencia á sus capitanes y á los que mandar le pueden: y advertid, hijo, que al soldado mejor le está el oler á pólvora que á algalia; y que, si la vejez os coge en este honroso ejercicio, aunque sea lleno de heridas, y estropeado ó cojo, á lo menos no os podrá coger sin honra, y tal, que no os la podrá menoscar la pobreza: cuanto mas, que ya se va dando orden cómo se entretengan y remedien los soldados viejos y estropeados, porque no es bien que se haga con ellos lo que suelen hacer los que ahorran y dan libertad á sus negros cuando ya son viejos y no pueden servir, y echándolos de casa con título de libres, los hacen esclavos de la hambre, de quien no piensan ahorrarse sino con la muerte; y por ahora no os quiero decir mas, sino que subais á las ancas deste mi caballo, hasta la venta, y allí cenareis conmigo; y por la mañana seguireis el camino, que os le dé Dios tan bueno como vuestros deseos merecen." El paje no aceptó el convite de las ancas, aunque sí el de cenar con él en la venta; y á esta sazón, dicen que dijo Sancho entre sí: "¡Válate Dios por señor! y ¿es posible, que hombre que sabe decir tales, tantas y tan buenas cosas como aquí ha dicho, diga que ha visto los disparates imposibles que cuenta de la cueva de Montesinos? Ahora bien, ello dirá;" y en esto, llegaron á la venta á tiempo que anochecia, y no sin gusto de Sancho, por ver que su señor la juzgó por verdadera venta, y no por castillo, como solia. No hubieron bien entrado, cuando Don Quijote preguntó al ventero por el hombre de las lanzas y alabardas, el cual le respondió, que en la caballeriza estaba acomodando el macho: lo mismo hicieron de sus jumentos el primo y Sancho, dando á Rocinante el mejor pesebre y el mejor lugar de la caballeriza.